

# La Escuela de Frankfurt en Sur

## Condiciones y derivaciones de un incidente editorial

Luis Ignacio García<sup>1</sup>

Exploraremos en estas líneas uno de los episodios más curiosos en la historia editorial argentina en relación al pensamiento de izquierdas: la traducción y publicación, por parte de la expresión cultural de la “oligarquía liberal”, de las obras capitales de la Escuela de Frankfurt, uno de los principales legados marxistas del siglo XX. En efecto, a través de la colección “Estudios Alemanes”, la editorial fundada en 1933 por Victoria Ocampo publicó, en rigurosas traducciones originales y directas del alemán, la *Filosofía de la nueva música* de Theodor W. Adorno (1966), *Teoría y praxis* de Jürgen Habermas (1966), *Ensayos escogidos* de Walter Benjamin (1967), *Cultura y sociedad* de Herbert Marcuse (1967), la *Crítica de la razón instrumental* de Max Horkheimer (1969), la *Dialéctica del iluminismo* de Adorno y Horkheimer (1970), y *Sobre el concepto de hombre y otros ensayos* de Horkheimer (1970). Vale decir, no algunos textos aislados sino el núcleo básico de lo que ha trascendido como el círculo interno de la Escuela de Frankfurt. El objetivo de nuestra intervención es sencillo: detenernos en este muy citado pero poco explorado episodio editorial, estudiar esta precoz sensibilidad intelectual en relación con la Escuela de Frankfurt, tanto en sus condiciones de posibilidad como en el contexto en el que emerge, además de los peculiares efectos de estas traducciones. Partimos del presupuesto más elemental de cualquier teoría de la recepción, que descarta de plano la idea de una inmutabilidad de los significados en los procesos de transculturación. No hay original y copia, sino activos procesos de *lectura* que operan productivamente sobre los materiales “recibidos”. No hay “influencia” sino siempre un insidioso deslizamiento de sentido legitimado por los propios procesos de *traducción*, que a la vez que muestran la utopía ilustrada de la comunicación, son índice de eso incomunicable, ese núcleo opaco del lenguaje que habilita el propio juego de la traducción en tanto permanente *reescritura*. Las preguntas que nos guiarán serán, entonces, quiénes llevaron adelante la empresa, de qué modo lo hicieron, en qué contexto, con qué objetivos, vale decir, cuál fue el prisma a través del cual este grupo intelectual fue construyendo una de las primeras imágenes de la Escuela de Frankfurt en nuestro país<sup>2</sup>, y que la fue constituyendo desde un inicio como texto múltiple y abierto.

### BREVES INDICACIONES CONTEXTUALES SOBRE SUR

La importancia del pensamiento alemán en nuestro país durante el siglo XX ha sido destacada repetidamente. En general, se señala la importancia que tuvo a comienzos de siglo, en la oleada antipositivista que después del positivismo de la generación del 80 comenzó a impregnar a la generación del Centenario. En el contexto general de la emergencia de una “nueva sensibilidad” ligada a estos valores puede inscribirse la fundación en 1931 de la revista *Sur*. La figura de Waldo Frank, de tanta importancia en los primeros pasos de la revista, es un ejemplo claro de este idealismo americanista característico de ciertos intelectuales de la posguerra. Pero más importante para nuestro interés es el célebre amigo español de Victoria Ocampo, José Ortega y Gasset, y su

---

<sup>1</sup> Luis Ignacio García es profesor de la Universidad Nacional de Córdoba e investigador del CONICET.

<sup>2</sup> Habría que inscribir este episodio en un proceso más amplio de recepción de los frankfurtianos en nuestro país. Para ello, me permito remitir a Luis García. “La modernidad en disputa: la escuela de Frankfurt en la Argentina”, en Hugo Biagini y Arturo A. Roig (directores): *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*. Tomo II: *Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)*. Buenos Aires, Editorial Biblos, 2006.

enormemente influyente *Revista de Occidente*, en la que la cultura alemana ocupaba un lugar primordial, tanto como en la propia formación cultural y filosófica de Ortega. Victoria Ocampo, ciertamente, tuvo una formación francesa y sus gustos literarios provenían principalmente de las tradiciones de ese país. Pero ella siempre reconoció en la *Revista de Occidente* una experiencia inspiradora, pues como señalara John King, “La *Revista de Occidente* siempre había sido modelo ideal para *Sur*”<sup>3</sup>. Además, la vertiente que podríamos llamar “de ideas” en la revista siempre se asentó en la tradición del pensamiento alemán, más que en el francés, y mucho más que en el anglosajón. Piénsese en la fuerte impronta neospengleriana en el ensayismo de Mallea, Martínez Estrada o Carlos Alberto Erro, pero fundamentalmente en la formación estrictamente alemana de los filósofos más profesionales de la revista, como Francisco Romero, o también, aunque menos cercanos al grupo, Carlos Astrada o Miguel Ángel Virasoro. No pueden olvidarse tampoco episodios más aislados pero no menos relevantes, como la destacada presencia en la revista del acaso más grande músico y musicólogo argentino en el siglo XX, Juan Carlos Paz, su militante defensa del vanguardismo de Arnold Schönberg, y su infatigable labor por la difusión de la “nueva música” en nuestro país<sup>4</sup>. En el contexto de este persistente interés en la cultura y el pensamiento alemanes (más que en su literatura) no es sorprendente que a principios de la década de 1960 se dé lugar en la editorial de la revista a una colección dedicada a la filosofía y las ciencias sociales alemanas.

Ahora bien, la situación de la revista al momento de la edición de la colección “Estudios Alemanes”, desde mediados de los años sesenta, no era la situación del entusiasmo inicial ni del apogeo y la hegemonía en los últimos '30 y primeros '40. Había pasado ya la experiencia del primer peronismo, cuya dificultad de comprensión por parte de la revista fue uno de los principales motivos por los que fue quedando cada vez más a la zaga en el panorama cultural argentino. El paso de la colección por la editorial *Sur* coincide con el período de decadencia de la revista, que publica su último número periódico en 1970, el mismo año en que se editan los últimos volúmenes de los frankfurtianos. Como afirma King (que por otra parte nunca menciona la colección de la que hablamos), la Argentina de los sesenta “era un clima cultural que *Sur* ya no podía influir, y ni siquiera comprenderlo”<sup>5</sup>. Básicamente dos elementos, la radicalización política y la masificación de la cultura, rasgos típicos de la década de 1960 no sólo en la Argentina, descolocaron a los mentores de la revista, que ensayaron la improbable empresa de adecuar la revista a los nuevos tiempos aunque manteniendo sus principios modernistas fundamentales. Ya desde los años del peronismo la revista comenzó a reconocer el envejecimiento de sus miembros y colaboradores, y la necesidad de renovación. La incorporación de Héctor A. Murena a fines de los '40 y el amplio radio de acción que se le concedió en la revista (para lo que fue importante su influencia sobre José Bianco, jefe de redacción hasta las polémicas suscitadas por la Revolución Cubana) fue uno de los más tempranos signos de esta búsqueda de renovación. Un esfuerzo de renovación que más tarde se reflejará en la incorporación de nuevos miembros (María Luisa Bastos, Enrique Pezzoni, Edgardo Cozarinsky,

---

<sup>3</sup> John King. *Sur. Estudio de la revista literaria argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura. 1931-1970*. México, Editorial Fondo de Cultura Económica, 1989, página 219.

<sup>4</sup> Véase por ejemplo su temprano ensayo “Bach y la música de hoy”, en *Sur* n° 17, de febrero de 1936, donde realiza un diagnóstico casi idéntico al que Adorno hará en 1949 en su *Philosophie der neuen Musik*, a saber, evaluar a Stravinsky y a Schönberg como lo más avanzado de la música contemporánea, pero destacando la tendencia conservadora del primero y de infinitas posibilidades de renovación a partir de la técnica dodecafónica del segundo. Paz menciona el libro de Adorno en su *Arnold Schönberg o el fin de la era tonal* (Nueva Visión, 1958), casi diez años antes de su traducción en *Sur*. Y aunque Ernesto Garzón Valdés nos dijera, en una entrevista a la que luego nos referiremos, “No recuerdo que Paz haya tenido ninguna influencia en la traducción de la obra de Adorno sobre la nueva música”, no podemos desconocer que había ya en la propia revista un clima claramente propicio para ese primer libro frankfurtiano, *Filosofía de la nueva música*, editado por *Sur* en traducción de Alberto Luis Bixio, miembro del comité de colaboradores de la revista.

<sup>5</sup> John King. *Op. cit.*, página 207.

Silvia Molloy), y hasta en el reemplazo de Ocampo por Pezzoni en la dirección de los últimos números a partir de 1968.

En este incierto panorama posperonista de la revista se inscribe el proyecto de la colección “Estudios Alemanes”. En este marco, desde el punto de vista de la historia de la revista, podría sugerirse la hipótesis de que la colección forma parte de las operaciones orientadas por la estrategia finalmente fallida de renovación de una revista que sabía que marchaba hacia su obsolescencia epocal. De ser tal hipótesis plausible, resulta más bien natural que sea el renovador Murena el nexo entre la vieja revista y una colección que presentaba el “nuevo” pensamiento alemán, que incluía autores que la señora Ocampo seguramente hubiese desdeñado, de haberlos leído.

La Escuela de Frankfurt, la cuidada traducción y edición de varios de sus principales trabajos teóricos llegaría así a nuestras tierras en el contexto político-cultural de un modernismo aristocrático en crisis. Pero, paradójicamente quizá, como promesa de descenso desde las alturas de un “Gran Hotel Abismo” en decadencia, hacia una mayor permeabilidad a los movimientos culturales radicalizados que agitaron los *sixties*.

#### LA COLECCIÓN “ESTUDIOS ALEMANES”

La idea original de crear la colección “Estudios Alemanes” surge a comienzos de los años 60 en dos hombres inicialmente ajenos al grupo *Sur*: el argentino Ernesto Garzón Valdés (en aquel entonces agregado cultural de la Argentina en Bonn) y el colombiano Rafael Gutiérrez Girardot (entonces agregado cultural de Colombia en la misma ciudad y más tarde profesor de Romanística en la Universidad de Bonn). Garzón Valdés, el único de los fundadores que recorrió la totalidad del itinerario de la Colección, nació en Córdoba en 1927 en el seno de una de las familias más tradicionales de la ciudad. Estudió en España, residió luego en Alemania, y a su regreso a la Argentina a fines de la década de 1950 inició la carrera diplomática. En el contexto de las ciencias sociales, su interés ha estado principalmente volcado a la teoría del derecho de orientación analítica, ámbito en el que hoy es un reconocido teórico. Actualmente reside y desarrolla su actividad en Bonn.

El proyecto de la Colección consistía, según Garzón Valdés, en presentar al lector de lengua castellana autores alemanes hasta entonces desconocidos, “sin establecer ninguna diferencia ideológica. Lo único que nos importaba era la calidad intelectual. Era obvio entonces que había que incluir a los autores de la Escuela de Frankfurt. Dado que Murena era amigo fraternal mío, le propuse que publicáramos las traducciones en ‘Sur’. Murena aceptó en el acto y sugirió que pusiéramos a Victoria Ocampo también como directora de la Colección. Así se hizo”<sup>6</sup>. Por otra parte, hay que recordar que, en los inicios de la colección y hasta 1966, Murena se desempeñaba como gerente de la editorial *Sur* (1957-1966)<sup>7</sup>.

Continúa Garzón: “Desde el punto de vista editorial, *Sur* no se interesó mucho por la serie y entonces la colección pasó a la Editorial Sudamericana. Tampoco aquí tuvimos un éxito duradero. Pasamos entonces, por consejo de Murena, a Laia (Caracas/Barcelona) hasta que esta editorial se fundió y aterrizamos en Gedisa (Barcelona). Con el tiempo, fueron desapareciendo (por muerte o cansancio) los editores y quedé yo solo hasta que a comienzos de los noventa la burocracia alemana (que financiaba la colección) resolvió dar por terminada esta empresa (se habían publicado ya unos 100 volúmenes)”.

---

<sup>6</sup> Todas las citas de Garzón Valdés sin referencias provienen de una entrevista que le realicé a principios de 2006 y que él contestó amablemente por correo electrónico. Aprovecho la ocasión para expresarle mi agradecimiento por su cálida generosidad, sin la cual este trabajo hubiese resultado imposible.

<sup>7</sup> Según Graciela W. Gaviña. “La recepción de Walter Benjamin en la Argentina”, en *Sobre Walter Benjamin. Vanguardias, historia, estética y literatura. Una visión latinoamericana*. Buenos Aires, Co-edición Alianza-Instituto Goethe, 1993, página 206.

¿A qué se debió el relativo desinterés de *Sur* por la colección? Además de posibles razones de índole ideológica o intelectual, deben mencionarse razones financieras. De cada volumen se editaban entre 2000 y 3000 ejemplares: 1000 eran comprados por Inter Naciones (organismo dependiente del Ministerio de Relaciones Exteriores alemán, encargado de la promoción de traducciones de autores alemanes). De esta manera se financiaba la Colección. Inter Naciones pagaba también las traducciones y los derechos que tuvieran las editoriales alemanas<sup>8</sup>. Dado que, de este modo, los costos de la edición estaban cubiertos, ni *Sur* ni luego Sudamericana se preocuparon mucho por la comercialización de estos libros. “Los gerentes de ventas y los distribuidores no tenían la menor idea de la posible relevancia intelectual de los autores alemanes”.

Pero además, según aclara Garzón, Victoria Ocampo “no jugó papel alguno en la selección de los autores (creo que tampoco los conocía). Pero como era una mujer con fina sensibilidad intelectual confiaba en el buen criterio de Murena y sus ‘socios’. La selección corría por cuenta de Gutiérrez Girardot, Murena y yo”. Podría decirse entonces que la presencia de la ya anciana dama era de carácter más bien honorario y funcionaba, en todo caso, como marca de pertenencia a un prestigioso círculo aristocrático de la cultura argentina. Además de los cuatro ya mencionados, el resto de los nombres que aparecían como “directores” de la colección (Helmut Arntz, Hans Bayer, Geo T. Mary, Werner Rehfeld y Ferdinand Henning) eran funcionarios de Inter Naciones que no tenían sino un desempeño burocrático.

En cuanto a la circulación de la colección, Garzón indica: “Los libros de *Sur* llegaban (algunos) a España. También a Colombia (en Bogotá estaba la librería Buchholz, siempre interesada en la cultura liberal alemana y muy vinculada a la revista *Eco*)”. La presencia de la colección tanto en España como en Colombia será importante para la configuración de una primera red intelectual afín a los planteos frankfurtianos en los países hispanohablantes, como luego veremos.

En cuanto a la selección de los autores, dice Garzón: “El criterio de selección que seguimos siempre era doble: a) debía tratarse de un autor poco conocido en el ámbito de lengua española, y b) de gran calidad intelectual. Nos limitamos al campo de la filosofía y las ciencias sociales. No sólo publicamos representantes de la Escuela de Frankfurt en primeras ediciones. Es el caso de Wolfgang Stegmüller, Günther Patzig, Hans Albert, Friedrich Kambartel, Norbert Hoerster y muchos otros de orientación analítica. Esta política de selección la continué hasta el último libro de la serie”.

Más importante es su observación, característicamente liberal, acerca de la orientación política de la colección: “La selección de obras de, por ejemplo, Benjamin, Adorno o Marcuse no se hizo porque formaran parte de algún grupo o escuela sino por la calidad individual de estos autores. Dicho de otra manera: no nos propusimos traducir la Escuela de Frankfurt porque ella pudiera tener consecuencias políticas. Sus autores nos parecieron excelentes (como también nos parecieron excelentes Helmut Schelsky, Friedrich Kambartel o Martin Walser). Quizás esta manifestación pueda parecer desalentadora pero sigo creyendo (al igual que cuando iniciamos la colección) que la calidad es razón necesaria y suficiente para una selección de representantes del pensamiento de una época o de un país”. Estas observaciones pueden ser matizadas por distintas circunstancias, como luego intentaremos mostrar.

“Por lo que respecta a la vocación política de la colección, pienso que lo correcto es afirmar, por lo pronto, el rechazo de toda orientación radical de derecha o de izquierda. Éramos liberales de centro-izquierda, muy lejos de todo populismo y de esa violenta mezcla de peronismo e izquierdismo como así también, desde luego, del terrorismo encaramado en las instituciones del Estado que provocaran las tragedias de los años ‘70. El que la generación de izquierda de Beatriz

---

<sup>8</sup> Sería importante estudiar el rol de las agencias diplomáticas en la promoción y difusión de las distintas tradiciones nacionales de pensamiento, un capítulo fundamental en estudios de circulación y recepción de ideas. En el presente caso, sin el sostén y financiamiento de la “burocracia alemana” a través de las oficinas de Inter Naciones, la famosa Colección que aún hoy prestigia nuestra modesta tradición intelectual no hubiese existido.

Sarlo<sup>9</sup> no leyera las traducciones de *Sur* es algo lamentable pero no sorprendente. El entusiasmo por Jesús Aguirre (futuro frívolo duque de Alba) también calza en ese panorama de jóvenes que, por ejemplo, despreciaban a Borges por considerarlo poco argentino”.

“Las consideraciones de Horacio Tarcus<sup>10</sup> no responden a la realidad: las traducciones de autores de la Escuela de Frankfurt no fueron propuestas exclusivamente por Murena sino que también intervino Gutiérrez Girardot y yo también. No se trata pues de un ‘colectivo que inspiró una figura ajena al universo de la izquierda’. En todo caso, en ningún momento acordamos ‘actualizar’ la izquierda o contribuir a su radicalización. En la Argentina (según Sarlo) la influencia de estas traducciones no fue muy grande y en España tomaron conocimiento de las traducciones de *Sur* sólo un reducido grupo de intelectuales”.

De este modo, no parece una buena pista inicial conectar las traducciones frankfurtianas con la magra presencia de intelectuales afines al marxismo en la revista (Waldo Frank o María Rosa Oliver, los cuales por otra parte nada tuvieron que ver con la colección), sino más bien a las dos coordenadas que ya señalamos más arriba: la importancia del pensamiento alemán en la revista y la estrategia de renovación en una época de decadencia.

“Dado que ninguno de los tres editores efectivos de la colección (Gutiérrez, Murena y yo) era ni remotamente marxista, en ningún momento se pensó convertir al marxismo a algún miembro del grupo *Sur*. A veces las cosas son mucho más simples de lo que se piensa. Un ejemplo: cuando volví a Córdoba en 1964 organicé un seminario sobre los escritos de juventud de Marx. No lo hice porque quería inculcar sino por considerar que la lectura de estos textos era importante desde el punto de vista de las ciencias sociales (por cierto, alguien pudo haber pensado más tarde que ese seminario estaba concebido como una introducción a los textos de Frankfurt y no habrá faltado quien haya hilado más fino y elaborado una teoría del complot marxista)”.

En alguna medida, al menos, la gran diversidad de autores editados pareciera corroborar las afirmaciones de Garzón en cuanto a la abstención ideológica. Respecto a esa diversidad (y teniendo en cuenta quién realizaba cada traducción además de las diversas producciones individuales de cada uno de ellos), podría señalarse la siguiente hipótesis: Murena representaba la recepción más tradicional del legado intelectual alemán, esto es, una recepción “antipositivista” ligada a un cierto “espiritualismo” típicamente germano (quizás la forma más usual de la presencia alemana en la Argentina: piénsese en autores como Ezequiel Martínez Estrada, Carlos Astrada, etcétera). La recepción de Garzón Valdés fue bastante diversa, atenta a la tradición alemana de corte más bien positivista o analítico (infrecuente en los ‘60, y más usual recién a partir de los ‘80). Si esto fuera así, esta tensión seguramente estaría entre las razones de la gran riqueza de la colección.

De allí que en la colección, durante el período inicial que nos interesa, tengamos por una parte autores como el padre Gustav Wetter, Helmut Schelsky, el crítico literario Martin Walser, el famoso sociólogo Hans Freyer, el fenomenólogo Walter Biemel, el discípulo de Heidegger Otto Bollnow o el eminente crítico literario Peter Szondi, amigo este último de Benjamin. Pero por otra parte tenemos la vertiente más científico-analítica de la colección, con autores como Friedrich Kambartel, Niklas Luhmann, Hans Albert o Paul Lorenzen. Los frankfurtianos se ajustan con mayor facilidad (aunque no sin incomodidades) en la primera de estas series. De allí que las traducciones de sus libros corrieran principalmente por cuenta de Murena, quien representaba con mayor nitidez este interés humanista y antipositivista, de mayor tradición en la recepción argentina del pensamiento alemán.

---

<sup>9</sup> Se refiere a un pasaje del libro de Beatriz Sarlo, *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*, al que luego nos referiremos.

<sup>10</sup> Se refiere a la siguiente observación de Tarcus: “Pero sin duda la mayor paradoja de la contribución de *Sur* a la cultura marxista (no sólo argentina, sino de toda habla hispana), fue la publicación de los principales textos de la Escuela de Frankfurt debida a la iniciativa de un colectivo que inspiró una figura por otra parte ajena al universo de la izquierda: el narrador y ensayista Héctor A. Murena”. “El corpus marxista”, en *Historia crítica de la literatura argentina*. Tomo 10 (Susana Cella, directora). Buenos Aires, EMECÉ Editores, 1999, páginas 480-481.



De este modo, los frankfurtianos ingresan en un sistema de referencias teóricas más bien ajeno a sus principales orientaciones. A diferencia de las posteriores reconstrucciones sinópticas más usuales de la Escuela de Frankfurt, la colección no los inscribe en un sistema de referencias marxista. Por el contrario, su inscripción en la colección podemos decir que es doblemente extraña: en primer lugar, aparece junto a una serie de autores neopositivistas que serán directa o indirectamente sus enemigos. Piénsese en Hans Albert o en Niklas Luhmann. En segundo lugar, aparece junto a autores de un “espiritualismo” también objeto de sus críticas. Piénsese en la reconocida adhesión al nazismo de Freyer, o en el heideggerianismo espiritualista de Bollnow. Positivismo y metafísica, los dos simétricos enemigos de los frankfurtianos.

Sin embargo, debe señalarse que tampoco se escamotea la herencia marxista de estos autores. Si bien en los escasos elementos paratextuales de la sobriamente bella colección no se incluían introducciones de los editores, sí disponemos de las breves presentaciones en contratapa. Así, la de Marcuse destaca su “participación decisiva en la edición crítica de los escritos de juventud de Marx”. O la ajustada presentación de Benjamin, en la que se afirma: “Su obra muestra un aspecto hermético, ligado a sus profundos conocimientos de la Cábala y también de las más importantes corrientes del misticismo judío, pero también una visión filosófica de la historia que lo avvicina al marxismo, aun cuando se trata de un marxismo interpretado en forma altamente paradójica y curiosamente mezclado con la teología. En este sentido puede decirse que Benjamin representa el origen de toda una escuela de pensadores alemanes, entre los cuales descuellan Herbert Marcuse, T. W. Adorno y Ernst Bloch, cuyo ‘principio de la esperanza’ está implícito en la obra de su maestro”.

La Escuela de Frankfurt, entonces, aparece como podría aparecer en el contexto de un manual de historia de la filosofía alemana contemporánea, esto es, en un catálogo con “lo mejor” del pensamiento germano actual. De manera que nos vemos inclinados a pensar esta colección como una realización bastante lograda del ideal ilustrado de una presentación enciclopédica de los conocimientos más avanzados de un área determinada del saber, sin distinciones que no tengan que ver con la mera calidad intelectual. Como lo señala el neutral propósito de una leyenda de contratapa reiterada en varios volúmenes: “La colección ‘ESTUDIOS ALEMANES’ presenta al mundo de habla española las obras de ensayistas y filósofos alemanes que han ejercido una poderosa influencia sobre el pensamiento contemporáneo”. Creo, entonces, que deberíamos coincidir con Garzón en que se logró una “neutral” presentación del multifacético universo teórico alemán del momento. En todo caso, podemos criticar esa pretensión de ilustración en sus propios efectos neutralizadores. Vale decir, no mostrando que “en realidad” no fueron neutrales, sino señalando precisamente que sí lo fueron, para entonces criticar los consabidos resultados de esa concepción típicamente liberal de una república universal de las letras: los efectos disolventes del más incisivo potencial crítico de esas teorías.

## ¿TOLERANCIA REPRESIVA?

Excepto en las reconstrucciones más obtusas, la revista *Sur*, lo mismo que la editorial, ha sido reconocida como un espacio diverso, multiforme, polifónico y en conflicto. Hace ya tiempo que no alcanza con despacharla con la perezosa afirmación de que se trataría de un emprendimiento financiado por la oligarquía liberal argentina. Entre otras razones, porque ya sabemos que es la misma oligarquía terrateniente que financió al Institut für Sozialforschung marxista de Frankfurt a través del hijo del exitoso comerciante de granos argentinos Hermann Weil, Lucio Félix José Weil<sup>11</sup>. Es otra la debilidad fundamental de *Sur*. El eclecticismo verdaderamente discordante

---

<sup>11</sup> Véase el dossier “Los orígenes argentinos de la Escuela de Frankfurt”. Primera parte: H. R. Eisenbach. “Millonario, agitador y doctorante. Los años juveniles de Felix Weil (1919) en Tubinga”. Segunda parte:

funcionó en la revista como un clásico dispositivo liberal de neutralización. Desde esta perspectiva, casi cualquier autor o corriente podría ser aceptable, pues se presupone la libertad de la interioridad del lector, capaz de juzgar de acuerdo a sus propios gustos, “respetando únicamente el contrato liberal que permite el honesto y decente funcionamiento del todo como diversidad”<sup>12</sup>. La eficacia hegemónica de una ideología, ya lo habían señalado Gramsci y los propios frankfurtianos, nunca se expresa en la potencia coactiva para imponer una línea unívoca sino precisamente en la capacidad asimiladora de diversidad de discursos bajo su blanda égida. El contrato ético liberal se ampara en la universalidad de las buenas maneras del disenso, que en cuanto tal se somete a “una ley que podríamos bautizar como de ‘neutralización de los discursos’. Y esto explica porqué el eclecticismo, el discurso ecléctico, es siempre un discurso *neutralizador*”<sup>13</sup>.

No podemos olvidar que la presencia de la Escuela de Frankfurt en las políticas editoriales de *Sur* tiene al menos dos ilustres antecedentes: Sartre y Gramsci. En 1939, la revista publicó un cuento del autor de *El ser y la nada*, en 1946 su “Retrato del antisemita”, y en 1947 editó *El existencialismo es un humanismo*. Sartre estaba en *Sur* una década antes de que se comenzara a formar el famoso trío sartreano de Juan José Sebreli, Carlos Correas y Oscar Massotta. Por otro lado, Gramsci aparecía en la revista cuando Héctor P. Agosti recién comenzaba a leerlo y diez años antes de que apareciera el primer número de *Pasado y Presente*. En 1953 se publicaron algunas de sus *Cartas de la prisión*, en un número dedicado a la literatura italiana. Y si a todo esto le sumamos la edición de los textos clave de la Teoría Crítica, ¿habría que decir que *Sur* introducía el “marxismo occidental” en nuestro país? Creo que la respuesta a esta pregunta no es tan evidentemente negativa como podría parecer. Acaso habría que decir que no y sí. Por cierto que no era la “intención” de quienes llevaban adelante estas ediciones y traducciones. Y por otra parte, estos autores y sus textos ingresaban en un sistema de referencias políticas e intelectuales en el que tendía a diluirse su potencial crítico radical. Pero a la vez allí estaban los textos, en la muda materialidad de una cifra que aguarda el momento y la circunstancia propicia para liberar su multifacético potencial de sentido.

John King afirma acertadamente: “En el caso de Gramsci, como en el caso de Sartre, la significación moral universal de sus escritos desplazó a su particular significado político. Tales escritores tendrían que escapar de las páginas de *Sur* antes de que su importancia particular pudiese ser comprendida en la Argentina”<sup>14</sup>. “Escapar” hacia *Contorno*, huir hacia *Pasado y Presente*. ¿Debemos entonces decir que también en la edición de la Escuela de Frankfurt el valor moral universal de sus escritos desplazó su significación política, debiendo esperar a que “escapara” de *Sur* para adquirir su verdadero sentido y valor? Sólo hasta cierto punto. No se puede negar que la recepción de esos autores en *Sur* puso el acento en que se trataba de “grandes escritores alemanes actuales”, subrayando en todo caso el valor ético-intelectual de su resistencia al fascismo. Pero si es cierto que está presente esta neutralización de la herencia crítica marxista, hay que realizar una serie de aclaraciones y matices: 1) en primer lugar hay que decir que los propios frankfurtianos se interesaron no en disolver pero sí en matizar esa herencia y mezclarla con otras influencias que provenían de fuera del marxismo. El marxismo de los frankfurtianos siempre fue anómalo, sesgado, y, fundamentalmente, muy permeable a los valores de la cultura burguesa en general y al modernismo cultural en particular. 2) Pero además, no puede atribuirse ingenuidad a los editores (representantes máximos en la Argentina de ese ágil olfato por todo lo nuevo, típico de nuestras elites intelectuales) en cuanto al hecho de que se asistía al doble movimiento de la recuperación de la teoría crítica de los años ‘30 en Alemania (acaso menos visible desde la Argentina), junto a su

---

Martín Traine. “El enigma de Félix: Argentina”. En revista *Espacios de Crítica y Producción* no 15, de diciembre de 1994 a marzo 1995, y no 16, de julio y agosto de 1995.

<sup>12</sup> Jorge Panesi. “Cultura, crítica y pedagogía en la Argentina: *Sur/Contorno*”, en *Críticas*. Buenos Aires, Editorial Norma, 2000, página 56.

<sup>13</sup> Jorge Panesi. *Op. cit.*, página 59.

<sup>14</sup> John King. *Op. cit.*, página 174.

apropiación por parte del movimiento estudiantil radicalizado internacional (imposible de no ver). Por poner el caso más estridente, Marcuse es publicado por *Sur* nada menos que en 1967, y en una antología de la revista en 1971 podemos ver un anuncio publicitario de algunos títulos de la editorial *Sur* en la que se promociona la “tercera edición” (índice de buen número de ventas) de *Cultura y sociedad* de Marcuse, conviviendo en aparente armonía a renglón seguido del anuncio de *Diálogo con Mallea*, de Victoria Ocampo<sup>15</sup>. 3) Por último, queda allí la testaruda insistencia de la letra. Tomo sólo tres ejemplos al azar. Marcuse, según Garzón Valdés: “La transformación del estado liberal en el estado total-autoritario se realiza dentro del mismo orden social. Con respecto a esta unidad de bases económicas puede decirse que es el liberalismo mismo el que ‘genera’ al estado total-autoritario como si éste fuera su realización final en un estadio avanzado del desarrollo”<sup>16</sup>. Adorno y Horkheimer, según Murena: “No se trata de la cultura como valor en el sentido de los ‘críticos de la civilización’, Huxley, Jaspers, Ortega y Gasset, etc., sino del hecho de que el iluminismo debe tomar conciencia de sí, si no se quiere que los hombres sean completamente traicionados”<sup>17</sup>. Benjamin, según Murena: “La tradición de los oprimidos nos enseña entretanto que el ‘estado de emergencia’ en que vivimos es la regla. Debemos llegar a un concepto de historia que resulte coherente con ello. Se nos planteará entonces como tarea la creación del verdadero estado de emergencia, y esto mejorará nuestra posición en la lucha contra el fascismo. La fortuna de éste proviene desde hace bastante del hecho de que sus adversarios lo combaten en nombre del progreso como ley histórica”<sup>18</sup>.

Nada menos que desde las propias páginas de *Sur* se está realizando una crítica radical al liberalismo como padre ideológico natural del fascismo, a la crítica cultural conservadora (con nombres que fueron fundamentales en la revista, como los de Huxley y Ortega) como traicionera de la ilustración y todo coronado por una crítica de la ideología liberal-ilustrada del progreso desde la tradición de los oprimidos. Fue a través de las páginas de la muy sarmientina *Sur* que por primera vez se dijo en la Argentina que “No existe documento de cultura que no sea a la vez documento de barbarie”<sup>19</sup>, acaso llevando al extremo las premisas del *Facundo*. Pero no podemos esquivar el hecho manifiesto de que se están desmontando piezas clave de la construcción ideológica más elemental del llamado “grupo *Sur*”. Podríamos aquí salir del paso recordando lo que señala King: “La revista muy a menudo no desarrolló una crítica de sus propias elecciones: los escritores eran incluidos simplemente como ejemplos aleatorios de la cultura universal”<sup>20</sup>. Pero creo que no ha de satisfacernos este intento de explicación, al menos no para el caso de los frankfurtianos. No puede negarse la hipótesis de la neutralización, y sin embargo el marxismo sofocado deja aún vibrar la tónica antiburguesa de estos textos. Acaso asome algo de la recurrente complicidad entre lo patricio y lo plebeyo contra los elementos fariseos de lo social.

No editaron a los frankfurtianos sólo por equivocación, ni tampoco con una mera vocación antológica. Podría sugerirse la hipótesis de que la presencia de la Escuela de Frankfurt en *Sur*, en cierta fracción renovadora de *Sur* en su momento de crisis final, tiene un fuerte sentido político-intelectual: la apertura de un espacio de oscilación –propio también de la Escuela de Frankfurt– entre un humanismo clásico (paradigmáticamente expresado en la nostalgia por el ocaso del individuo y en la defensa de la razón) y una crítica antiburguesa (en el modernismo, el vanguardismo, el sensualismo, el anti-progresismo). Los frankfurtianos habilitan un arco en el cual

---

<sup>15</sup> Véase *Sur. Primera antología de ensayos*, de julio a diciembre de 1971, en anuncios iniciales sin paginación.

<sup>16</sup> Herbert Marcuse. *Cultura y sociedad*. Traducción de Ernesto Garzón Valdés. Buenos Aires, Editorial Sur, 1967, página 27.

<sup>17</sup> Max Horkheimer y Theodor Adorno. *Dialéctica del iluminismo*. Traducción de Héctor A. Murena. Buenos Aires, Editorial Sur, 1970, página 11.

<sup>18</sup> Walter Benjamin. *Ensayos escogidos*. Traducción de Héctor A. Murena. Buenos Aires, Editorial Sur, 1967, páginas 81 y 82.

<sup>19</sup> Walter Benjamin. *Op. cit.*, página 81.

<sup>20</sup> John King. *cit.*, páginas 248 y 249.



pensar la defensa anti-autoritaria del individuo burgués y la razón ilustrada *junto a* la crítica de la civilización, el anticapitalismo y el modernismo estético. En el contexto del debate de época ello podía significar una crítica no reaccionaria del Peronismo, así como una autocrítica no populista de los límites internos de *Sur*. Dicho en otros términos, se habilitaba una crítica de la cultura de masas que no por ello recayera en las mitificaciones aristocratizantes de Ortega y Gasset. Ese parece haber sido el extremo al que podía llegar la asimilación que *Sur* podía hacer de los *sixties* en la Argentina, a los que el grupo fundador de la revista ya llegaba demasiado tarde, demasiado cansado.

Además, se planteaba así una oportuna crítica a la clausura cultural del gobierno de Onganía y su “bloqueo tradicionalista”. Pero si, en la lectura de Terán<sup>21</sup>, la resistencia a este “bloqueo tradicionalista” llevó a la “nueva izquierda” a sacrificar progresivamente su riqueza y complejidad iniciales en aras de una radicalización pragmática (y finalmente *burguesa*, como se denunciara más tarde –demasiado tarde– desde espacios anómalos como la revista del exilio *Controversia*) de lo político, en el caso de este grupo excéntrico de *Sur* esa misma resistencia lo llevó a una cierta autorreflexión de la modernidad sobre sí misma, planteando los problemas más acuciantes de la época, pero desde la interrogación de un escenario civilizatorio mayor, el escenario de las paradojas de la civilización técnica. Pero aquí ya estamos hablando básicamente de quien más claramente representó esta excéntrica alternativa: estamos hablando del escritor, poeta y ensayista Héctor A. Murena<sup>22</sup>.

#### MURENA, ULTRANIHILISTA

Todas las traducciones de Benjamin, Horkheimer y Adorno (excepto la *Filosofía de la nueva música*), corrieron por cuenta de Murena (en algunos casos junto a David Vogelmann)<sup>23</sup>. En una primera mirada, lo que aproxima más externamente a Murena con los teóricos de Frankfurt, nuevamente, no es el marxismo. No había una relación especial entre él y María Rosa Oliver, la figura más claramente emparentada con el marxismo de la revista, ni tampoco con otros colaboradores ocasionales afines al marxismo como Carlos Astrada o Dardo Cúneo. Acaso pudiera mencionarse la proximidad de Murena con los próximos promotores de *Contorno* a comienzos de la década de 1950 (sobre todo con Sebrelí). Pero lo primero que lo aproxima a aquel universo es, sencillamente, su manejo del idioma alemán. Murena formaba parte de un círculo de intelectuales próximos en su afinidad con las letras germanas. Debemos mencionar a Norberto Silvetti Paz, amigo de Murena, y erudito traductor de literatura alemana, que tuvo a su cargo la primera

---

<sup>21</sup> Oscar Terán. *Nuestros años sesentas. La formación de una nueva izquierda intelectual argentina. 1956-1966*. Buenos Aires, Editorial El Cielo por Asalto, 1993.

<sup>22</sup> Aunque no deberíamos olvidar que también Rafael Gutiérrez Girardot, aunque en menor medida que Murena pero a diferencia de Garzón Valdés, se ha interesado explícitamente en los teóricos de Frankfurt. Véase, por ejemplo, su ensayo “Walter Benjamin y sus afinidades electivas”, en revista *Quimera* n° 9-10, Barcelona, 1981. Allí define a Benjamin como un “partisano” en un sentido preciso que acaso nos sirva para imaginar el modo en que estos intelectuales se pensaron a sí mismos en su momento: “En un mundo que tiende a la uniformidad hay individuos y grupos que se sustraen a su remolino y exigen autonomía frente a la tendencia niveladora o buscan imponer el contacto revolucionario con el proceso planetario contra atavismos locales. El portador activo de estas controversias (...) es el partisano”. Sustraerse al remolino nivelador de la violencia para conectar con corrientes más profundas y universales de revolución. Quizás así pensó Gutiérrez Girardot el sentido político de la colección.

<sup>23</sup> Para lo que nos ocupa, interesa agregar, entre otras traducciones a cuenta de Murena, la de *Lo sentimental es lo ingenuo*, del eminente crítico Peter Szondi, en 1974, que incluye un importante ensayo sobre Benjamin, “Los cuadros de ciudades en Benjamin”, y la de un libro sobre Kafka (junto a Vogelmann, destacado traductor de Kafka), *Descripción de una forma*, de Martin Walser. Por otra parte, hay que agregar que la traducción de *Teoría y praxis* de Habermas corrió por cuenta de Vogelmann, y la versión de *Cultura y sociedad* de Marcuse fue de E. Bulygin y E. Garzón Valdés.

traducción de la colección, *Fundamento y abismo del poder*, de Dolf Sternberger. También a David Vogelmann, recordado por su pionera traducción de la versión alemana del *I Ching*, pero principalmente por ser uno de los más laboriosos traductores de las obras de Franz Kafka. Murena compartió con Vogelmann varias de las traducciones de la colección, además de un libro póstumo de diálogos entre ambos, *El secreto claro (diálogos)*<sup>24</sup>, en el que se entretienen el pensamiento alemán (incluido Benjamin explícita y elogiosamente) y la mística oriental.

Pero quien le abrió a Murena la senda hacia los problemas sustantivos característicos de los frankfurtianos fue su principal maestro, también muy atravesado por el pensamiento y las letras alemanas, Ezequiel Martínez Estrada. No podríamos comprender la presencia de la Escuela de Frankfurt en los intereses de Murena sin tener en cuenta la influencia decisiva que implicó para su formación intelectual la figura y el proyecto de su “maestro”. Nietzsche, Freud, Simmel, Weber, Spengler, Kafka, Ludwig Klages, Simone Weil, Lewis Mumford, serán voces y premoniciones que se harán escuchar en nuestro país, y para pensar sus problemas, a través de la pluma adusta de Martínez Estrada<sup>25</sup>, y que generarán un clima propicio para la *audibilidad* de los núcleos teóricos frankfurtianos. Como lo plantea Horacio González: “Con estas reflexiones, Martínez Estrada ponía su enorme aparato bibliográfico en la antepuerta de los grandes temas de la crítica de la racionalidad instrumental y a los dispositivos de control cultural comunicológicos, que en la década siguiente serían amplificadas por las lecturas de raíz frankfurtiana”<sup>26</sup>.

A partir del caldo de cultivo representado por la “lección” de Martínez Estrada se despliega todo el arco de la producción ensayística de Murena. Para resumir un itinerario que precisaría ser matizado y enriquecido<sup>27</sup>, pueden distinguirse tres momentos en la producción ensayística de Murena: el primero, representado por *El pecado original de América* (1954), el segundo por *Homo Atomicus* (1961) y *Ensayos sobre subversión* (1962), y el tercero por *El nombre secreto* (1969) y *La metáfora y lo sagrado* (1973).

Podemos, en este itinerario, reconocer una primera etapa de afinidades bibliográficas y temáticas con la Escuela de Frankfurt, a través de la influencia de un último Martínez Estrada muy sensible a los fenómenos de la sociedad de masas, la “crisis de la cultura” simmeliana, la civilización técnica, la cultura *kitsch*, etcétera. Pero además, hay una afinidad en la filosofía de la historia esbozada por el propio Murena en *El pecado original de América*. En este sentido, la idea de América como *exilio del sentido* y como llamada a luchar contra la “lepra de la historia” nos acerca sorprendentemente al peculiar hegelianismo antihegeliano de los frankfurtianos. Finalmente, la centralidad de figura de Poe en este primer Murena no deja de remitirnos a la centralidad de la figura de Baudelaire en la Escuela de Frankfurt, sobre todo en Benjamin y Adorno. “Y atrás de Baudelaire está Poe”, decía Murena, anticipando así un profundo diálogo con los pensadores europeos del *exilio de Europa*. No todo es telurismo metafísico en el primer Murena.

En un segundo momento, Murena profundiza sus exploraciones iniciales diagnosticando lo moderno desde su más íntimo (baudelaireano) recodo: *sus escorias*. La racionalidad instrumental sólo puede ser reconocida desde lo que deja de lado. Aquí se comienzan a cruzar sus reflexiones sobre América con sus reflexiones sobre el “mundo administrado”: la *lógica tecnocrática* como el sustrato que refuta la supuesta polaridad del mundo de la Guerra Fría. Aquí podemos reconocer, con bastante nitidez, una mayor afinidad con las críticas marxistas de la hipócrita “libertad” occidental que con el optimismo de las sociedades capitalistas. Sin embargo, la irreflexión de la inmediatez práctica del “compromiso”, el dogmatismo de un marxismo vuelto fetiche, el encubrimiento de las

<sup>24</sup> Héctor A. Murena y David Vogelmann. *El secreto claro (diálogos)*. Buenos Aires, Editorial Fraterna, 1978.

<sup>25</sup> Como puede verse, por ejemplo, en un hojear superficial de su *Análisis funcional de la cultura*, de 1960.

<sup>26</sup> Horacio González. *Historia crítica de la sociología argentina*. Buenos Aires, Editorial Colihue, página 66.

<sup>27</sup> Puede consultarse, con mucho provecho, el artículo de Américo Cristófolo, “Murena, un crítico en soledad”, incluido en *Historia crítica de la literatura argentina*. (Noé Jitrik, director). Tomo 10. Buenos Aires, EMECÉ Editores. Poco después de haber concluido la primera versión de este artículo, apareció el libro de Leonora Djamen: *La vacilación afortunada. H. A. Murena: un intelectual subversivo*. Buenos Aires, Editorial Colihue, 2007.

decisiones de las cúpulas en la teoría de la “conciencia de clase”, el primado de la “propaganda” como encubrimiento de una incipiente generalización de la *violencia*, son todos motivos que le impidieron a Murena, en estrecha cercanía con los frankfurtianos, volcarse a un “compromiso” efectivo con alguna de las variantes de la izquierda orgánica. De este modo, Murena llega a un diagnóstico del totalitarismo ya no como la forma moderna del autoritarismo, como lo veía por ejemplo un Germani defensor de la democracia, sino encubierto en mil formas no autoritarias del mundo actual. Este pesimismo no le permitió militar ni en las filas comunistas ni en las de los liberales. Ya aquí Murena se ha habituado a habitar, profético y marginal, en “tierra de nadie”.

En su última fase ensayística, donde ya aparecen los frankfurtianos como “aparato bibliográfico”, Murena esbozará su propia visión de una alternativa al mundo administrado. Por cierto, no hallaremos ni una programática política, ni siquiera un esbozo utópico positivo. Encontramos más bien un mesianismo estético-religioso muy cercano al Benjamin de “Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los humanos” y “La tarea del traductor”, ambos textos que él mismo tradujo para su primera publicación en castellano. La traducción, sinónimo de metáfora, abre un espacio de absoluta intraducibilidad que es la condición misma de toda comunicación verdaderamente humana. La poesía (metáfora-traducción) es el recuerdo de una unidad imposible. Y si recordamos que “La tarea del traductor” fue la introducción de Benjamin a su traducción de Baudelaire, podemos comprender la propia ensayística de Murena como un intento de sacar las consecuencias del gesto de Poe, el “gran desterrado”, el maestro de Baudelaire. Así, a partir de esta apropiación del sentido enfático que la “traducción” adquiere en Benjamin, la unidad profunda de la ensayística de Murena encuentra una metáfora precisa en ese sorprendente emprendimiento editorial que fueron las traducciones de las principales obras de la Escuela de Frankfurt, esos pensadores del exilio, delineando de ese modo el gesto original (hegeliano y antihegeliano a la vez) que había motorizado desde el inicio el pensamiento mureniano: las posibilidades redentoras de un *exilio del exilio*.

Crítica de la filosofía de la historia, crítica de la tecnocracia y de la cultura de masas en tanto derivada de aquélla, crítica de la militancia pragmatizada de la izquierda y de las hipocresías del liberalismo, afirmación mesiánica de una utopía negativa fundada en una teoría místico-esotérica del lenguaje. Al menos en el caso de Murena, no puede decirse que *Sur* haya editado la Escuela de Frankfurt sólo por descuido ideológico o vocación antológica. Motivos fundamentales de esta corriente se integran de manera orgánica, y además ayudan a desplegar, cuestiones centrales de la ensayística mureniana. De allí que la Escuela de Frankfurt en *Sur* haya corrido una suerte similar a la de las reflexiones murenianas: la desconexión con el universo de la izquierda radicalizada. De modo simétrico, la masiva recepción de los frankfurtianos en la renovación de la intelectualidad de izquierda en la Argentina sobre todo a partir de la década de 1980, ha facilitado, recién en los últimos años, un cierto regreso a su primer traductor al castellano por parte de esa misma izquierda que en su momento lo condenara. Así se evidencia en el interés por su obra manifiesto en los últimos años en ensayos sobre su figura, dossiers en revistas de izquierda y reediciones de sus obras.

## REDES INTELECTUALES, LECTURAS, DERIVACIONES

Sin embargo, tampoco es cierto que Murena y los mentores de la colección estuvieran totalmente solos en su precursora atención a estos autores. Ni en sus antecedentes, ni en su contexto, ni en sus consecuencias<sup>28</sup>. Acaso el antecedente más remoto sea la atenta lectura de Benjamin por parte de Luis Juan Guerrero, y su excepcionalmente productiva recepción de “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica” en su monumental *Estética operatoria*, editada por Losada desde 1956, una obra que acaso Murena conociera, aunque no la menciona en sus

---

<sup>28</sup> Nuevamente remito a Luis García. *Op. cit.*

trabajos. Debemos recordar también el pionero trabajo editorial de Gino Germani en la Editorial Paidós, donde se publicó buena parte de los trabajos de Erich Fromm desde 1947<sup>29</sup>. Sin embargo, aunque Martínez Estrada sí leyó a Fromm, Murena no parece haber sido receptivo a estos trabajos (acaso por razones similares por las que la izquierda no leyó sus propias traducciones: el capillismo de los grupúsculos intelectuales argentinos, que lo alejaba de los emprendimientos de la “sociología científica”, con la que polemiza explícitamente en el prólogo a la segunda edición de *El pecado original de América*, de 1965). En 1962, la revista *Sur* publicó un artículo brillante, y de total actualidad aún hoy, sobre Adorno y el surrealismo<sup>30</sup>, y en ese mismo año, en un contexto hispanohablante más general, se publican en España, de Theodor Adorno, *Prismas. La crítica de la cultura y la sociedad* y el primer tomo de *Notas sobre literatura*, en traducciones de Manuel Sacristán. Una vez en marcha la colección “Estudios Alemanes”, se publicaron en *Sur* fragmentos de *Minima Moralia* (en el n° 308-310, de septiembre de 1967 a febrero de 1968) y de la *Dialéctica del Iluminismo* (en el n° 315, de noviembre y diciembre de 1968). También debemos recordar que poco después de la publicación del volumen de Marcuse, la revista, haciéndose eco de la ascendencia que había adquirido súbitamente en la radicalización estudiantil, publica “Marcuse y la nueva izquierda”, de Norberto Rodríguez Bustamante (en el n° 313, de 1968).

Por otra parte, existía, por parte de los editores de la colección, una relación de amistad y afinidad intelectual con los editores de la revista colombiana *Eco* (no olvidemos que Gutiérrez Girardot era agregado cultural de Colombia en Bonn) y de la editorial venezolana Monte Ávila. “Benito Milla (Monte Ávila y luego Alfa) era un buen amigo de Murena. En *Eco* colaboraban colombianos que habíamos conocido en Madrid (1950-53)”, nos informa Garzón Valdés. Recordemos que la revista *Eco* (“Revista de la Cultura de Occidente”), que se editó entre 1960 y 1984 en Bogotá<sup>31</sup>, publicó a Benjamin, Adorno, Arendt, Brecht, desde fines de la década de 1960. Por otra parte, Monte Ávila fue una de las principales editoras de los frankfurtianos en castellano (sobre todo de Adorno) también desde fines de los ‘60. Murena y su grupo estuvieron cerca de ambos proyectos. Murena en particular publicó él mismo en la revista *Eco* (por primera vez en marzo de 1965) además de haber editado varios de sus propios libros en la Editorial Monte Ávila. Quizás la mejor imagen de estas afinidades haya sido la edición, por Monte Ávila, de *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos* de Benjamin en 1970, con traducción de Roberto Vernengo, que incluye sin decirlo tres ensayos de la traducción de Murena de 1967<sup>32</sup>.

En cuanto a los efectos de esta presencia frankfurtiana en *Sur* pueden servirnos como primera pista las palabras de Beatriz Sarlo referidas a la difusión de Benjamin: “Así, las traducciones de Taurus marcaron el comienzo de un ‘fenómeno Benjamin’ en la Argentina. Se podría considerar la hipótesis de que los libros de Benjamin, Habermas, Adorno y Marcuse [Sarlo olvida a Horkheimer, a quien publicaron aún más que a los otros], publicados en la colección ‘Estudios Alemanes’ de *Sur*, pertenecían a un espacio no estimado por el público de izquierda que, poco después, convertiría a Benjamin en una moda apasionante. Este juicio, que se apoya en razones ideológico-culturales, habla más de los conflictos argentinos de los años sesenta y setenta que de otra cosa. Las publicaciones de la revista *Sur* y de su editorial remitían a un mundo muy

---

<sup>29</sup> Véase, de Alejandro Blanco, “Ideología, cultura y política: la ‘Escuela de Frankfurt’ en la obra de Gino Germani”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual* n° 3. Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

<sup>30</sup> Roberto Calasso. “T. W. Adorno, el surrealismo y el ‘maná’”, en revista *Sur* n° 275, de marzo y abril de 1962. El artículo fue traducido, precisamente, por uno de los agentes de la renovación de la revista arriba mencionada, María Luisa Bastos, junto a Eugenio Guasta.

<sup>31</sup> Véase, de Darío Jaramillo Agudelo, “*Mito y Eco*, dos revistas colombianas”, en *La cultura de un siglo. América Latina en sus revistas*. (Saúl Sosnowski, compilador). Buenos Aires, Editorial Alianza, 1999.

<sup>32</sup> Se trata de “Sobre algunos temas en Baudelaire”, “Franz Kafka” y “Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los humanos”.

diferente al de los jóvenes de izquierda, lectores de Benjamin a comienzos de los años setenta. Por eso, mi generación leyó a Benjamin fundamentalmente en los libros españoles”<sup>33</sup>.

Así, pareciera que en principio el público más “natural” de estas traducciones, la nueva izquierda intelectual, habría sido refractario a ellas. Pero creo que habría que complejizar este juicio de Sarlo. En primer lugar, porque si la izquierda fue refractaria a estas traducciones no sólo se debía a que provenían de “un espacio no estimado por el público de izquierda”, sino también a que la propia izquierda intelectual de fines de los ’60 (a la que pertenecía la propia Sarlo) se encontraba embarcada en un proceso de radicalización pragmática de lo político ajena a los planteos de la propia teoría crítica, más allá incluso de la mediación y refracción de *Sur*. Sólo cuando ese proceso de radicalización comience a mostrar sus aporías (y claramente al inicio de la destrucción) se comenzarán a tornar audibles estos autores para esa franja intelectual.

En segundo lugar, esa izquierda intelectual se encontraba en un intenso trabajo de recepción de las corrientes estructuralistas en boga en esa época, incompatible, al menos en primera instancia, con los planteos de los frankfurtianos –aún anclados en las filosofías del sujeto del idealismo alemán. La revista *Los libros*, que es el paradigma de este gesto, comienza a publicarse precisamente en el año 1969. De entre sus páginas podemos recordar un artículo duramente crítico contra Marcuse firmado por uno de los nombres clave del estructuralismo en nuestro país, Eliseo Verón<sup>34</sup>.

En tercer lugar, hubo fracciones de la izquierda intelectual que no se encaramaron en la ola estructuralista y que quizás por ello sí fueron receptivas a estas traducciones. El caso más resonante es sin dudas el de Juan José Sebreli. No puede negarse la importancia de su figura en la nueva izquierda de nuestros años sesenta, tanto como no podría escamotearse la masiva recepción de los frankfurtianos por su parte (incluidas las traducciones de *Sur*) en libros de tanta difusión en la época como su trabajo (de fines de los sesenta) sobre Mar del Plata, su crítica del populismo, o sus textos sobre el fútbol<sup>35</sup>. Aún en el ámbito ideológico de izquierdas también podríamos mencionar el incipiente ingreso de las reflexiones de los frankfurtianos en los estudios sobre la comunicación, como por ejemplo en los famosos trabajos de Heriberto Muraro<sup>36</sup>.

Por último, y en cuarto lugar, Sarlo omite el impacto que estas traducciones tuvieron en la España franquista. El pensador español Fernando Savater, hablando de la estrechez cultural bajo el franquismo, ha señalado: “Gracias a *Sur* leímos la *Dialéctica del iluminismo* de Adorno y Horkheimer, los primeros ensayos de Walter Benjamin y otros pensadores alemanes relevantes, en las traducciones de H. Murena: ¿qué habría sido de nosotros sin ellas [...]?”<sup>37</sup>. Otro comentarista de la recepción de esta corriente en España afirma: “La recepción de las obras clave de los dos jefes de fila, Adorno y Horkheimer, como del primer Habermas, vino de la Argentina (ediciones *Sur*, en su excelente colección de ‘Estudios Alemanes’) y de Venezuela (ediciones Monte Ávila). También fue a través de la Argentina y de México que tuvimos acceso a Erich Fromm, un autor heterodoxo de la Escuela que intentaba sintetizar la Teoría Crítica con el psicoanálisis”<sup>38</sup>. Incluso una editorial española, Edhasa, reedita los *Ensayos escogidos* editados en 1967 por *Sur* bajo el título de *Angelus*

---

<sup>33</sup> Beatriz Sarlo. *Siete estudios sobre Walter Benjamin*. Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura Económica, 2000, páginas 42 y 43.

<sup>34</sup> Eliseo Verón. “Ideología de Marcuse”, en revista *Los libros*, de septiembre de 1969.

<sup>35</sup> Juan José Sebreli. *Mar del Plata. El ocio represivo*. Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1970; *Tercer mundo, mito burgués*. Buenos Aires, Editorial Siglo Veinte, 1975; *Fútbol y masas*. Buenos Aires, Editorial Galerna, publicado en 1981 pero ya terminado antes del golpe de Estado de 1976.

<sup>36</sup> Heriberto Muraro. *Neoliberalismo y comunicación de masa*. Buenos Aires, EUDEBA, 1974.

<sup>37</sup> Fernando Savater. “Ángeles decapitados. La desertización cultural bajo el franquismo”, en revista *Claves para la Razón Práctica* n° 59, de enero y febrero de 1996, citado por Garzón Valdés en *El velo de la ilusión. Apuntes sobre una vida argentina y su realidad política*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2000, página 279.

<sup>38</sup> Luis Castro Nogueira. “La recepción de la Escuela de Frankfurt en España”, en: A. Blanc y J.-M. Vincent. *La recepción de la Escuela de Frankfurt*. Buenos Aires, Editorial Nueva Visión, 2006.



*Novus*, en 1971, agregándole sólo una introducción propia. Recién en ese año comienzan a editarse las versiones de Jesús Aguirre en la Editorial Taurus. Esas versiones que ahora sí van a ser leídas desde mediados de los años '70 por la izquierda argentina. De modo que las ediciones argentinas fertilizaron en la izquierda intelectual española, ajena a las disputas grupales entre *Sur* y sus críticos, a la vez que las versiones españolas fecundaron luego a la izquierda intelectual argentina. En la visión más simplista de Sarlo no se contempla la hipótesis de semejante efecto boomerang.

#### Conclusiones

El análisis de este curioso episodio editorial arroja una luz inhabitual sobre nuestra imagen de la Escuela de Frankfurt, de la supuesta “oligarquía liberal” de *Sur*, y de la propia izquierda argentina de la época: la primera nunca fue del todo ajena a cierto universo de valores político-intelectuales de la burguesía liberal, además de escasamente adecuada para generar efectos de militancia; la segunda nunca fue un universo ni cerrado ni homogéneo, ni sujeto a una restricción política clara ni unívoca de sus proyectos culturales; la tercera no había comprendido aún que los sueños ilustrados de los que vivían sus ideologías movilizadoras guardaban un ominoso momento regresivo, y que (como se le recordaba desde *Sur*) “Si la reflexión sobre el aspecto destructor del progreso es dejada a sus enemigos, el pensamiento ciegamente pragmatizado pierde su carácter de superación y conservación a la vez, y por tanto también su relación con la verdad”<sup>39</sup>.

---

<sup>39</sup> Max Horkheimer y Theodor Adorno. *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires, Editorial Sur, 1969, páginas 9 y 10.